

Análisis
Feminista

La magia y la vergüenza

El cuerpo femenino

Lydia Cacho*

¿Cuándo fue la primera vez que menstruaste?, ¿recuerdas qué sentiste y cuáles fueron las circunstancias?, ¿habías hablado de la menstruación con tu madre?, ¿ahora de adulta cómo reaccionas ante la menstruación?, ¿tienes sexo durante tu período?

Estamos en febrero del año 2001, en casos salí a la calle, en otros tomé el teléfono para cuestionar a 20 mujeres. La más joven tiene 15 años, la más grande 58. Todas respondieron con un dejo de vergüenza, al fin y al cabo es su vida privada, sus partes privadas, de las que nadie debe hablar y, por supuesto, menos escribir.

Los resultados fueron sorprendentes, creía que las respuestas de las más jóvenes serían radicalmente distintas, si tomamos en

cuenta que ya en todos los medios se ve, escucha y habla sobre sexo y mujeres; sin embargo el tabú sobre los órganos femeninos, con nombres y apellidos sigue vigente.

Pocas mujeres saben distinguir, dibujar y nombrar dónde se encuentra la vulva, el clítoris, la vagina, el punto G, las glándulas de Bartholini (responsables de humedecer la vagina durante la excitación). La mayoría saben que

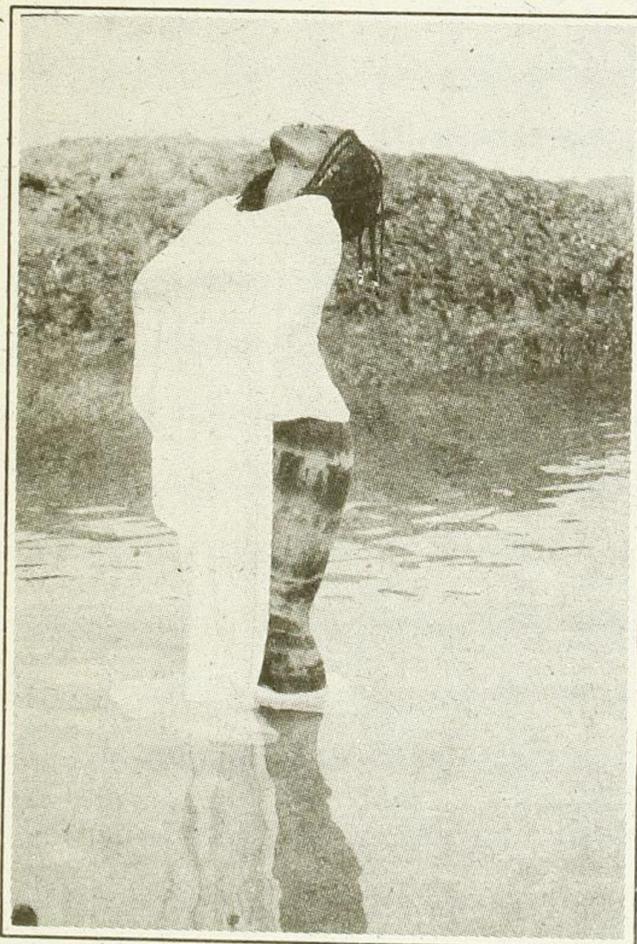
tiene útero y ovarios, muchas nombran las Trompas de Falopio, ¿por qué lo hacen?, porque es un tema permitido, son los órganos reproductivos más famosos, en ellos no existe capacidad para obtener placer sexual, en el resto sí.

Entonces las preguntas iniciales para mi reportaje pasaron a segundo término, puesto que las respuestas coinciden en mayor o menor grado en la vergüenza de sangrar, de que otros se enteren, de que una huela a hembra y ya la traten distinto los niños, de que ya eres señorita y debes comportarte de manera distinta, hay algo en común, la vergüenza, el rechazo.

Es por ello que preferí develar los orígenes de esa vergüenza, para ver si exponiéndolos somos capaces de entender y amar nuestros procesos fisiológicos, como lo hacían las mujeres de culturas ancestrales, de festejar la menoree (menstruación) como un evento maravilloso, como el inicio de un ciclo, no sólo de reproducción, sino de evolución creativa.

Antes de que apareciera en escena el bendito doctor Pfluger en 1863, para determinar que la menstruación era provocada por los ovarios y los ciclos hormonales de reproducción, los hombres "sabios" escribieron toda clase de barbaridades creando mitos negativos todos sobre la impureza de la mujer que menstrúa.

Durante siglos, desde Alemeón y Anaxágoras, hasta César Vallejo, todos escribieron sobre la vergüenza y el horror del sangrado femenino. El historiador Lévy-Bruhl escribió en su libro *Le surnaturel et la nature*: "En las sociedades primitivas, salvo pocas excepciones, no existe impureza más terrible que la de la mujer



Daniel Correa Rojo

durante su indisposición periódica". En los textos científicos de los siglos pasados encontramos adjetivos como "la maldición divina, la pérdida, la impureza, el flujo vergonzoso".

En todas las religiones aparece este mito reforzado como en el Código Masdeísta de la India: "Las mujeres que sangran se vuelven tan intocables como los miembros de una secta que practica un oficio que se considera como impuro". En El Corán (11,222): "Te interrogarán sobre la menstruación y dirás: es una impureza". El Levítico, XV, 19 de la Biblia dice: "La mujer que padece la incomodidad ordinaria del mes, será impura por siete días".

El Zend-Avesta del siglo VI dice: "Cuando una mujer menstruante mira las manos las ensucia totalmente, la comida preparada que está a tres pasos de una menstruante queda totalmente contaminada. No puede conversar con un hombre virtuoso, pues tan violento es el diablo de la menstruación que lo que ningún otro destruye él si lo destruye".

En su libro de Historia Natural, Plinio el viejo, padre de la cultura naturalista del Renacimiento, escribió: El contacto con la sangre menstrual agria el vino, los cultivos quedan estériles, las semillas se secan en los huertos, los enjambres de abejas mueren, incluso el bronce y el hierro se oxidan y un olor horrible llena el aire, si lo prueban (el flujo menstrual) los perros eploquecen y las perras quedan infectadas de un veneno incurable.

Podríamos seguir con interminables citas de todas las culturas y grupos sociales, desde los Barrúas de Nueva Guinea hasta los Gitanos de Europa. En la actualidad en Tierra de Fuego, las mujeres durante la regla tienen prohibido jugar con las niñas y niños, reír, hablar o mirar directamente a los hombres, no es pues, cosa del pasado.

En cuanto a las relaciones sexuales mientras las mujeres menstrúan, sigue vigente en algunas religiones la prohibición y el castigo al varón que se atreva a tener encuentros carnales. Los judíos lo prohíben, los yorubas de Benin, lo condenan, y la Biblia dice en Levítico XX,18: "Si alguno se junta con mujer durante el flujo menstrual y descubre en ella lo que el pudor debe haber ocultado (el placer), y ella misma mostrase su impureza, ambos serán exterminados de su pueblo".

Aquí vale la pena mencionar que según el informe Hite sobre sexualidad femenina, millones de mujeres sienten su ciclo de deseo sexual más intenso durante la menstruación; re-

portan también que hacer el amor durante estos días les quita los cólicos, las desinflama, tienen orgasmos más intensos, y les hace sentir más en paz con su sexualidad y su cuerpo.

Es obvio que parte de esta sensación de tranquilidad tiene que ver con que ella se sabe libre de la posibilidad de embarazarse y, por tanto, se relaja más. Pero este reporte también muestra que la gran mayoría de las mujeres se ven rechazadas por los varones ante la posibilidad de tener sexo durante el sangrado.

Masters y Johnson especialistas en sexología, aseguran que esto responde a la memoria colectiva de los mitos que han condicionado al varón (y juzgado a la mujer) a considerar el flujo menstrual como algo pecaminoso, sucio y capaz incluso de causar infecciones en el pene (mentira más grande no existe). Pero ¿cómo superar estos mitos? La única respuesta es: hablando.

Está probado que casi todo se vende con sexo hoy en día, que la pornografía está en todas partes, sin embargo no es hablar de sexo desde el punto de vista masculino: mujeres de cuerpos esculturales apasionadas por satisfacer el deseo sexual, la que usa *baby doll* para "recuperar" la pasión conyugal, la que finge el orgasmo para que él se sienta feliz.

Hay que hablar de nuestro cuerpo, aprender a conocerlo, a nombrarlo, a explorarlo. Admitir que la masturbación es una práctica sana para que la mujer conozca su cuerpo y lo que le proporciona placer; saber, cuando vamos a la o el ginecólogo, de qué está hablando para que no nos trate como niñas estúpidas con palabras inventadas.

Decir vulva, clítoris, labios mayores y menores, conocer nuestros ciclos hormonales, celebrar nuestra feminidad en el flujo menstrual, evitar los apodos como "la tía, la cosa, la visita", porque de esa forma perpetramos el mito del desprecio hacia lo que nuestro cuerpo produce. Para poder decirles a nuestras hijas que no hay vergüenza en ello, que no hay suciedad, que es un bello proceso de renovación que mes con mes nos recuerda que el cuerpo renace y que somos capaces de crear vida. Que cada una tenga el pudor que considere para guardar un *tampax* o un *kotex* en la bolsa, pero que nunca más nos avergüence el flujo natural de nuestro cuerpo, y los placeres que de él derivan. 

* Editoralista de diversos diarios en Cancún y directora del suplemento *Esta voz es mía*.